

dor inquietante.

Su primera palabra fué de reproche para la niña:

—¡No ve hija!, ¿no le he dicho? ¿Por qué no me hace caso? ¡pues a mí!

Raquela le replicó riendo no sé qué cosa que no pude oír, porque en ese momento me deslizaba del caballo para ayudarle a desmontar.

—Permítame... — decía ya casi olvidado de mi papel, cuando alguien se interpuso apartándome casi rudamente por un brazo:

—¡Deje!...

Era el sobrino del Mayor, "el Dotor", el Güey pelao", que reclamaba los derechos de su parentesco y de su alcurnia.

Sentí que el rubor me inundaba la cara e instintivamente iba "a acostarle de un bife", cuando me acordé, por fortuna, del papel que estaba representando y entonces me hice a un lado con toda humildad y acatamiento.

Cuando su bella prima, sonriente y apoyándose apenas en las manos tendidas que le ofrecía, se deslizaba de la montura, el "Güey pelao" se permitió un rezongo fraternal y más inspirado sin duda en el egoísmo que en el interés de la niña:

—¡Vaya una gracia! — dijo. — ¡Buen rato nos has hecho de pasar con tus pavadas!...

Ella, que se sacudía la falda, le miró de arriba abajo con expresión despectiva, y después de echarme una rápida ojeada llena de interés y de ternura, comenzó dirigiéndose a su padre, muy seria y visiblemente turbada:

—Papá, este seño... Este hombr... Este mozo...

Pero el Mayor, vehemente e impulsivo, no la dejó proseguir.

Sin soltar el arreador se vino hacia mí y me sacudió por los hombros con sus recias manazas que parecían garras de acero y que temblaban de excitación, después inclinó su pálido y arrugado rostro sobre el mío como si hubiese querido besarme, o hubiese sufrido un brusco desfallecimiento, y por último se apartó de mí, sin haber articulado una palabra, y hurgando nerviosamente en su bolsillo extrajo y me entregó un gran billete nuevecito...

—¡Tomá hijo, tomá!

Y vi que el Mayor tenía los ojos llenos de lágrimas...

IV

La noche había caído; una gran noche otoñal tibia, sedativa y perfumada con el hálito sano de los pastos maduros. Todo convidaba al reposo y al sueño. Hasta los perros de la Estancia, con la cabeza y la cola bajas, andaban silenciosos olisqueando las cosas y como si buscasen un sitio definitivo en donde echarse, para descansar de las fatigas y de las emociones de su inquieta labor de todo un día.

El gran silencio sólo era interrumpido, de vez en cuando, por algún grito agudo que venía de allá, del palenque, o del corral de los caballos.

Ante el fogón de la cocina oscura, "el loco de los bichos de cesto" trataba de encender la lumbre, mientras que yo, recostado en el quicio del patio, hacía las dependencias de los patrones, también oscuras y silenciosas, como si hubiesen estado deshabitadas.

Solamente en un momento dado, vino la sirvienta morena y gruessa a arrojar un gran cubo de agua sobre el tupido césped de un cantero.